

Capítulo 1

Ella

7 años

Tengo una paleta helada en la boca.

De naranja.

Es mi sabor y mi color favorito. Pero no es eso lo que lo hace el mejor helado del mundo entero. No, es el mejor helado porque mi mejor amigo, Max, está comiendo otro a mi lado.

Sonriendo, balanceo mis pies en el columpio de atrás hacia adelante mientras con una mano pegajosa sostengo la cadena y los dos nos columpiamos a ritmo diferente. El hermano gemelo de Max, McKay, está en el arenero, enterrando palas plásticas y tractores de juguete en la arena, haciendo ruidos de motor. El helado de McKay es violeta, pero el naranja es mucho mejor.

Es la mañana de verano perfecta. El sol brilla más que nunca y las nubes flotan en el cielo azul. Imagino que salto de una a otra, que mis pies se hunden en las montañas esponjosas.

—¿Crees que algún día nos casaremos como mi mamá y mi papá?
—pregunta Max, enderezando las piernas, antes de doblarlas de nuevo para columpiarse.

—Sí —digo, segura, asintiendo con la cabeza.

–Sería genial, ¿no? Y McKay también podría vivir con nosotros.

–Me encanta esa idea. –Le sonrío, observando cómo su mata de cabello castaño se mueve cuando se balancea hacia adelante en el columpio–. ¿Cuándo deberíamos casarnos?

–No sé –dice–. Cuando seamos mayores, supongo.

–Tus padres son bastante viejos. No quiero esperar tanto.

–Podemos casarnos más jóvenes. Tal vez en un par de años.

–Está bien.

McKay hace un ruido fuerte y sumerge el palito de su helado teñido de violeta en la arena. Río antes de mirar a Max.

–Tienes suerte de seguir viviendo con tu hermano –le digo–. Extraño al mío.

Extraño tanto a Jonah. A mamá también.

Pero especialmente a Jonah.

Tiene cuatro años más que yo y es mi mayor protector. Una vez, empujó a un niño de un juego porque me lanzaba rocas desde arriba y me hacía llorar. El niño se quebró el tobillo y Jonah se metió en serios problemas. Pero lo hizo por mí, así que eso lo convierte en el mejor hermano mayor del mundo. Solíamos fingir que éramos personajes de Winnie Pooh y que el bosque detrás de nuestra granja era el Bosque de los Cien Acres, igual que en el libro.

Adoro las historias. Adoro los libros.

Adoro a Jonah.

–Mi hermano a veces es insoportable –responde Max. Lo observa un instante antes de girar en el columpio hacia mí, alzando sus cejas oscuras–. Te agrado más que McKay, ¿cierto?

–Sí. –Frunzo los labios mientras reflexiono–. Eres más amable conmigo y me gustan tus hoyuelos.

–Los dos somos iguales –me recuerda.

–Él no tiene hoyuelos.

Esto parece complacerlo, y se balancea lo más alto posible una vez más antes de bajar de un salto sobre las hojas.

–Ven. Vamos a explorar.

Descartamos los palitos de los helados en el basurero y sigo a Max hasta los árboles para buscar tesoros en el suelo. Johan y yo también buscábamos tesoros, cuando yo todavía vivía en Nashville, el verano pasado. Cuando mamá y papá estaban juntos y éramos una familia feliz. No sé por qué papá me llevó lejos, o por qué Jonah se quedó con mamá, pero dicen que fue por el divorcio. Lo que sea que signifique eso. Supongo que es lo que ocurre cuando las mamás y los papás ya no se aman.

No es justo que Jonah y yo también tuviéramos que divorciarnos. Era mi mejor amigo.

Hasta que conocí a Max.

Mis zapatos crujen sobre las ramitas y las hojas verdes mientras exploramos el sendero.

–Mi hermano me envió una carta ayer –le cuento a Max, inclinada para observar una oruga rayada con aspecto raro.

–¿Sí? ¿Qué decía?

–No pude leer todas las palabras, pero papá me la leyó y dijo que Jonah me extrañaba mucho y me contaba sobre los caballos de la granja. Me encantaban los caballos. Phoenix era mi favorito. –Muerdo mi labio–. Jonah también dijo que molería a golpes a cualquier niño que fuera malo conmigo. Es mi protector.

Max frunce la nariz.

–Deberías decirle que ahora yo estoy aquí. Yo te protegeré.

Esbozo una sonrisa amplia como el cielo soleado.

–¿Te escribe muchas cartas? –pregunta Max, inclinado a mi lado, mientras acerca la mano hacia el insecto. La oruga extraña se desliza sobre su dedo y sube a su nudillo.

–Sí. Cada semana recibo una nueva carta.

–Qué bien. –Observando el insecto raro, Max lo reubica en una rama cercana y lo observamos arrastrarse sobre una hoja verde brillante–. Apuesto que este amiguito pronto será una mariposa. Quizás una mariposa cebra.

–Son mis favoritas.

–Oye, deberíamos encontrar un claro en el bosque y convertirlo en nuestro propio escondite especial. Papá puede ayudarme a construir un banco para que nos sentemos a leer juntos. Podemos hablar sobre nuestro día en la escuela y observar las mariposas revolotear. Será nuestro refugio secreto.

Me parece la mejor idea del mundo. Asiento con vigor y señalo un claro pequeño cubierto por las copas de los árboles.

–Por allí hay un buen sitio.

–Vamos.

Pasamos la próxima hora en nuestro escondite secreto, sentados con las piernas cruzadas, uno frente a otro, contando historias mágicas. Historias sobre columpiarse en lianas y beber agua fresca de los arroyos. Comer bayas, nadar en lagos y bailar bajo el sol de verano. Luego, cuando anochezca, veremos las estrellas.

Antes de regresar al parque, Max me ofrece algo.

–Mira lo que encontré, Ella. Es bonita. ¿Te gusta? –Abre la palma y veo una piedra blanca brillante.

Mis ojos se iluminan. Es muy bonita.

–Me encanta. Quizás empezaré a coleccionar rocas –digo, y tomo la piedra de su mano y la guardo en mi bolsillo anaranjado.

–Y cada vez que veas esa, pensarás en mí.

Max esboza una sonrisa tonta que le hace cosquillas a mi corazón. Como las alas batientes de una mariposa.

Cuando salimos del bosque, veo el coche plateado de papá esperándonos al costado de la calle. Está mirando su reloj y buscándome con la mirada en el sector de juegos.

Agh.

Aún no quiero irme. El sol de fines de agosto brilla con calidez y es uno de los últimos días de verano antes de que comience de nuevo la escuela. Empezaremos segundo grado.

–Mi papá llegó –balbuceo–. Supongo que debo irme.

Max pone mala cara.

–Encontrémonos aquí de nuevo mañana, después del almuerzo. Le diré a mi papá sobre el banco. Apuesto que podemos tallarlo muy rápido.

–Está bien. No puedo esperar. –Suspirando, avanzo sin ganas hacia el límite del sector de juegos y me despido de McKay cuando paso a su lado.

–Adiós, Ella –responde, tiene el rostro sucio con arena y tierra.

Papá me recoge en su coche reluciente.

Cuando abrocho mi cinturón y bajo la ventanilla para saludar con la mano a mis amigos, Max corre hacia mí a la velocidad de la luz. Aprendí sobre la velocidad de la luz en un libro. Es rápida.

Casi tan rápida como Max.

–¡Ella, espera! –exclama, está agitado cuando llega a la ventanilla–. Tengo algo para ti.

Veo lo que tiene dentro del puño y mi corazón flota hasta el cielo soleado. Es una flor anaranjada hermosa. La flor más bonita que he visto.

–¡Guau! ¡Gracias!

Cuando sonrío, sus hoyuelos sobresalen incluso más que mis ojos.

–Me hizo pensar en ti.

–¿En serio?

–Sí. Es brillante como el sol –dice, mirando hacia el cielo–. Y el sol es brillante como tú.

Papá me mira por encima de su hombro.

–Hora de irnos, Ella. Despidete de tu amigo.

Acerco la flor a mi nariz e inhalo profundo, mis pestañas rozan los pétalos anaranjados neón.

–Adiós, Max.

–¿Nos vemos mañana? –El vehículo comienza a moverse y Max corre para seguirle el ritmo. Corre cada vez más rápido, casi a la misma velocidad, casi lo alcanza.

Mi torso sale por la ventana y le sonrío justo cuando el vehículo avanza más rápido, demasiado veloz para que Max siga el ritmo.

—¡Nos vemos mañana! —grito.

Max desaparece de mi vista cuando doblamos en la esquina y me acomodo en el asiento, girando la flor entre mis dedos. Luego, añado para mis adentros: y todos los días después de mañana.



Papá me lleva en su coche reluciente. Dejamos atrás Juniper Falls y volvemos a Nashville esa noche, las maletas y las cajas apiladas hasta el techo en el asiento trasero. Me deja sentarme adelante, aunque la policía podría hacerle una multa. Dice que es un viaje especial y que, como lo es, puedo viajar al frente y comer un paquete entero de dulces. Reservo los anaranjados para el final porque son mis favoritos.

Cuando aparcamos en la entrada de mi vieja granja de caballos, se me revuelve el estómago.

Pero no por los dulces.

Creo que es porque, en lo profundo de mi ser, algo me dice que nunca volveré a ver a Max.

Mamá y Jonah corren por la entrada larga y me derriban con abrazos y lágrimas. Mi hermano me hace girar en círculos, mi cabello flota a mis espaldas mientras lo abrazo fuerte.

Estoy feliz de verlos, de verdad. Pero también estoy triste.

Mientras camino hacia la gran casa del rancho y veo todos los caballos, de pronto mi estómago se cierra en un nudo apretado. Volteo hacia papá, que está gritándole a mamá por algo.

—¡Papá! —llamo, con los ojos llenos de lágrimas.

Sus hombros caen cuando voltea para verme, con los ojos inertes y cansados.

—¿Qué sucede?

—Olvidé mi roca. La que recogí hoy en la plaza con Max.

–Es solo una roca, Ella. Encontrarás otra.

–Pero... esa era especial. Max la encontró y me la dio. –Mi labio inferior tiembla mientras las lágrimas arden–. Tenemos que volver a buscarla. Por favor, papá.

Él sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

–Te la enviaré por correo, hija.

Suelto un suspiro triste, volteo y me alejo, arrastrando mi maleta. Cuando llego al frente de la casa, me detengo y observo la flor naranja que aún está en mi mano.

Ya está muriendo.

Y mi padre nunca me envía esa roca.